



Trincheras de exhalación.
Fútbol feminista y afectos lesbianos.
Clarisa Leonard
Revista Género y Escritura, 1(2), Ensayos,
2024, 27-34.
ISSN 3008-8739
<https://generoyescritura.wixsite.com/genero-y-escritura>
Buenos Aires | Argentina

Trincheras de exhalación. Fútbol feminista y afectos lesbianos.

Clarisa Leonard
leonardclarisa@gmail.com

Universidad Nacional de Rosario | UNR
Santa Fe, Argentina

Introducción

Apenas son las siete de la mañana y despertamos para ir a la escuela (primaria aún), rozando la adolescencia pero todavía durmiendo entre peluches y barbies. La sensación es muy nítida y las imágenes también, se componen certeras y se expanden intensas desde diversos puntos corporales. Soñamos... ¿o pesadillamos? El abismo entre una u otra posibilidad se abre enorme, profundo, tan hondo y definitivo como la angustia que persigue por varios días. “Es entendible, lógico, *normal*... comparten muchas cosas: el cole, inglés, catecismo, hockey... es tu mejor amiga y se quieren... *como amigas*”. Finalmente, lo olvidamos o lo dejamos enterrado, sublimado por miles

de símbolos que nos de-vuelven (¿con tranquilidad o náuseas?) a la recta –y sofocante– comodidad de la hétero feminidad que ha adornado de colores pastel ese cuarto/cuerpo (¿propio?).

En este ensayo –experimento de escritura lúdica-erótica-afectiva– propongo explorar la relación entre el juego-deportivo y los vínculos de subjetividades feminizadas en sus múltiples formas: amistad, lesbianismo, bisexualidad. Siguiendo una línea de estudios feministas y lesbianos en los que podemos inscribir a pensadoras como Sarah Ahmed, Adrienne Rich y Audre Lorde, me interrogo por la potencia política – resistente pero sobre todo disruptiva y prefigurativa– que subyace, configura y desborda dicha relación.

Este recorrido, parte de inquietudes, dudas y problemas donde lo teórico-conceptual ya está compuesto inmanentemente por un registro personal, del cuerpo y los afectos que lo con-mueven. Asimismo, quisiera indagar aquí en el enojo, la ira o la indignación en tanto modulaciones afectivas ambivalentes, incómodas y resistidas (incluso dentro de los feminismos hegemónicos), pero por ello mismo políticamente creativas y vinculantes.

Jugando nuestra revolución

Nuestra cotidianeidad está colmada de (des)encuentros y frases emotivas como aquella, lanzadas por madres, padres u otras figuras de autoridad. Sarah Ahmed (2019) le llama “performativos perversos”, sentencias que –bajo la forma de la comprensión, la empatía o el amor fraterno– ocultan lo que en verdad enuncian y

hacen existir lo que no se atreven a exigir. Ciertos espacios, instituciones, grupos o épocas perviven y se reproducen por la reiteración de estos actos de habla que se vuelven mandatos y, por su funcionamiento afectivo, logran que las estructuras y normas se “nos metan bajo la piel” (2019, p. 434).

En ocasiones, incluso en los lugares y tiempos más predeterminados y menos esperados, un resquicio se abre, una falla, una rareza, que desenmascara tanto la convencionalidad de un mundo que nos fue dado como natural, como la multiplicidad de alternativas que no habíamos previsto, las opciones posibles que fueron distorsionadas por esa institución incuestionada a la que Adrienne Rich llama “heterosexualidad obligatoria” (2013 [1978]). En nuestro país, el fútbol ha representado históricamente uno de estos espacios masculinizados por antonomasia, hegemonizados por la hombría hétero y, sin embargo, reconvertido –gradual pero crecientemente– en trinchera de exhalación y relajación por las subjetividades feminizadas, queers y lesbianas.

Para todas ellas, *nosotras*, portadoras obedientes u osadas desafiantes de cuerpos sexo-genéricamente marcados, la cancha, el potrero o la calle, pueden devenir el escenario imaginado y deseado, fluido pero siempre disputado, donde explorar nuevos encuentros mientras la pelota circula, donde re-aprender a usar, performar y desear otros cuerpos mientras desaprendemos a comportarnos “de una manera heterosexual afable y congraciadora” (Rich, 2013 [1978], p. 16). ¿Es quizás el fútbol – como toda experiencia física, gestual, sensitiva y colectiva que nos compele a subvertir las formas normativizadas a las que (no) nos hemos acostumbrado– un

juego que habilita la conexión entre mujeres y posibilita la experiencia lesbiana? En la lucha común y cotidiana por nuestros espacios, horarios, elementos y un sinfín de etcéteras de privilegios masculinistas y sexistas, ¿acaso el vínculo con compañeras – hecho de complejas dimensiones donde lo afectivo, sexual, erótico, se implican y multiplican– reabre aquella identificación con mujeres que nos fue “extirpada” de pequeñas y desde tiempos inmemoriales?

Entre estos interrogantes, podríamos aventurar que la expropiación de esa erótica – de ese amor y atracción que cobra formas y sentidos tan complejos y diversos– tuvo como correlato o reverso un proceso de emocionalización o sentimentalización de las mujeres, parte nodal en la construcción moderno-colonial-patriarcal del género. La erótica –fuente de poder y conocimiento, de creatividad y armonía (Lorde, 1995)– nos fue desmembrada: por un lado, sexualizada para el disfrute varonil; y, por el otro, reducida o subordinada a las emociones o pasiones, entendidas como pasividad o meras reacciones, más cercanas a la naturaleza y los instintos. A su vez, si las emociones han sido históricamente relegadas a la dimensión privada/íntima, su feminización y domesticación fueron dos caras de un mismo proyecto que excluyó a las mujeres (pero también a sujetos considerados racial y racionalmente “inferiores”) de los espacios público-políticos –incluyendo los deportivos y de ocio– bajo diversos diagnósticos: desde la supuesta sensibilidad innata y predisposición emocional al cuidado, hasta una irascibilidad perturbadora de todo juicio razonable y/o de todo reflejo y destreza corporal.

En esta historia, nos cuenta Lorde, no es de extrañar que emociones “fuertes” como la ira se condenen como intimidantes, crudas, molestas incluso para el buen tino y la corrección de las feministas blancas, hétero y de clase media que encuentran ese enojo demasiado violento, crudo, provocativo y por tanto políticamente contraproducente. Ahora bien, ¿y si la ira fuese un “nutrido arsenal potencialmente útil en la lucha contra la opresión” (Lorde, 1995), contra el machismo, el heterosexismo y el racismo? En la inquietud de Ahmed (2015) por “el papel que desempeñan las emociones en la politización de los sujetos” (p. 259), ira e indignación son afectos tan ambivalentes como poderosos, mediados por el dolor individual que precisa ser traducido, transformado, colectivizado y, por qué no, erotizado en pos de la re-construcción de “vínculos feministas”, que requiere sin dudas de *afectos lesbianos*. La ira, la indignación, esta bronca que arremete el cuerpo y encoleriza los sentidos, se cuela en sueños, aparece tímida en sesiones con el inconsciente y se desata feroz ante cada escena sexista. ¿Y si esta ira portara resabios de aquella erótica desmembrada? ¿Hilos de un amor fluido entretejiendo ese *continuo lesbiano* (Rich, 2013 [1978]), que fue encorsetado y prohibido por tantas preguntas que no nos dejaron hacer y por caminos *otros* que no hallamos antes o que no supimos recorrer?

Para quienes fuimos criadas en pueblos o ciudades chicas en los 90’, sorteando crisis de todo tipo, atestiguando el empuje de mujeres abriendo(nos) posibilidades socioeconómicas, mas (no)pedagogizadas sexual y afectivamente por la intemperie social, el encuentro con la multiplicidad no binarizada, no castigada, no enclosetada, fue posible –muchos años después– por espacios como el fútbol. Allí aprendimos a

colectivizar la indignación feminista, a reencantar la infelicidad queer (Ahmed, 2020) y a enamorarnos y alegrarnos entre mujeres y disidencias. Descubrimos que el fútbol femenino no es sólo un deporte, una disciplina o incluso una profesión, definidos en los términos estrechos y mercantilizados del capitalismo neoliberal. Encontramos, inventamos y ahora transmitimos que para las mujeres y disidencias, niñas y juventudes, el fútbol *es tanto más...* Será, tal vez, por el despliegue de goce y placer que las prácticas físicas y lúdicas producen en y entre nuestros cuerpos, recordándonos –dicho en términos spinozistas– que la alegría incrementa nuestra potencia de obrar. Mientras que nos exponen, en contrapartida, a ese horror (y tristezas) que Lorde encuentra en el sistema patriarcal que “define lo bueno en términos de ganancias, en lugar de hacerlo en términos de necesidades”, privando a cualquier actividad del poder erótico que fluye en “intima relación con la vida y la plenitud” (Lorde, 1995, p.13).

Sin dudas, el fútbol también devino y deviene constantemente ese *tanto más* por la energía de los feminismos, inacabable y siempre renovada, capaz de cuestionar, conmover y politizar las estructuras diferenciales de poder hasta en sus resquicios más micro y capilares. Espacios como el fútbol femenino, y las experiencias disidentes que allí se abren, están atravesados constitutivamente por la politización arrolladora de los feminismos. “Jugar al fútbol siendo mujer, lesbiana o trans no establece una linealidad con el feminismo, pero fue y sigue siendo un acto revolucionario” (Ibarra et al., 2023). Tal vez la revolución pase por cada cuerpo, por cada deseo transformado y desatado. Quizás también, la revolución sea jugando y gozando, gambeteando o parándola de suela. Como Rich nos recuerda, diversas situaciones o conductas

protagonizadas por mujeres, capilares, silenciosas, invisibilizadas o subestimadas, constituyen en sí mismas “rebeliones radicales”. Ahora bien, si los feminismos fueron capaces de politizar espacios como el fútbol y las disidencias, tal vez la potencia y vitalidad transformadora, presente y futura de los feminismos aún dependa de su necesidad de lesbianizarse, transvertirse y, desde ya, de descolonizarse.

Palabras de cierre... y afectos de apertura

Pensar, construir y jugar el fútbol feminista y lesbiano se asemeja, metafóricamente, a habitar una trinchera: espacio en disputa y ataques cotidianos; pero también, refugio de cierre y cobijo, resquicio donde respirar, lamernos las heridas y reagruparnos, para hacer lugar a la exhalación, la re-apertura y transformación... porque sabemos que “junto con el aire viene la imaginación. Y junto con el aire vienen las posibilidades” (Ahmed, 2020: 240). Una cancha de fútbol devenida trinchera no es un cuarto ni una habitación propia donde tener sueños o pesadillas en soledad; una cancha no tiene placares (o closets), no está pintada de colores pastel y no tiene techo. Pero, sobre todo, una *cancha-trinchera* está colmada de mujeres y disidencias que reconectamos y nos podemos reinventar en la erótica, en “la alegría compartida, ya sea física, emocional o psíquica” (Lorde) de sabernos y sentirnos amigas, novias, hermanas, madres...compañeras.

Referencias

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

Ahemd, Sara (2020). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.

Ibarra, Mariana; Álvarez Litke, Martín y Majul, Débora (2023). Ir al frente, poner el cuerpo, tener aguante. *Revista Anfibia*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/ir-al-frente-poner-el-cuerpo-tener-aguante-mundial-femenino-de-futbol/>

Lorde, Audre (1995). Lo erótico como poder y Usos de la ira: las mujeres responden al racismo. En *La hermana, la extranjera: artículos y conferencias*. Horas y Horas.

Rich, Adrienne (2013 [1978]). *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*. La Mala Semilla Editorial.